

(E) LECCIÓN DEL JAPÓN

Gabriel Ruiz Cabrero

Como parte de los estudios del Grupo de Investigación de la UPM “Nuevas Técnicas, Arquitectura y Ciudad”, desarrollamos el análisis de la vivienda en Japón en el curso de doctorado “Nuevas Técnicas y Vivienda”, como se ha explicado en la introducción de esta publicación. Tratamos en principio de investigar la arquitectura del estudio SANAA (Kazuyo Sejima y Ryue Nishizawa), aunque la visita que realizamos a aquel lejano país nos indujo a extender el campo de estudio al trabajo de otros arquitectos y a la cultura japonesa en general. El objetivo de nuestro trabajo era, en principio, averiguar cómo era posible plantear una arquitectura que -siendo a nuestro juicio bellísima- se desenvolvía con unas condiciones dimensionales que en nuestro país son imposibles. Nos interesaba investigar cómo puede una pared exterior tener tan sólo seis centímetros, según observábamos en las publicaciones de la “Casa del huerto de los ciruelos”, por ejemplo -cuando sabemos que el clima de Tokio es semejante al de Madrid. Cómo una habitación puede proyectarse y habitarse confortablemente cuando apenas tiene una superficie superior a la de una cama, y cómo se acondiciona una casa en cuyos planos y fotografías no descubríamos elementos como radiadores o difusores de aire acondicionado. Para ello, tras analizar en el aula la documentación disponible (las publicaciones de la obra de estos arquitectos), tras invitar a conocedores cercanos de la arquitectura japonesa (como el arquitecto y profesor Álvaro Varela), y consultar a especialistas en materiales y técnicas nuevas como Francisco Hernández Olivares, nos fuimos al Japón. El resultado, brevemente contado, de nuestro estudio puede resumirse según el guión que sigue.

Las dimensiones

La distribución

El confort

La densidad

Los nuevos materiales

La pulcritud

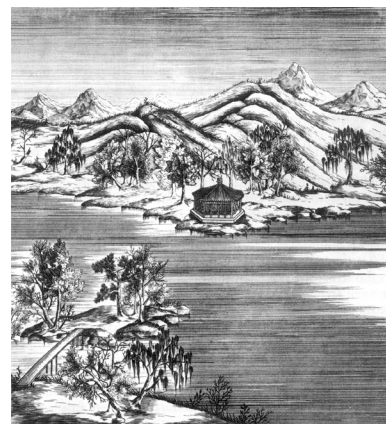
Lo que no se ve

Los robots

La naturaleza

Las dimensiones.

Los japoneses, como es bien sabido, debido a la altísima densidad de población en las zonas urbanizadas del país, se han visto obligados a reducir extremadamente el tamaño de sus casas. Desde lejos puede parecer una reducción insufrible, pero al visitar esa extraordinaria nación se descubre la eficacia de las soluciones adoptadas por sus habitantes. La habitación del hotel (estilo occidental) ya nos da las primeras claves en una experiencia personal. Son mínimas -2,70 metros de ancho- pero cada cama tiene un metro y veinte centímetros, por lo que son más que cómodas, y lo que se sacrifica es el espacio entre ellas, apenas treinta centímetros, que resultan suficientes. No hay armarios, solo múltiples perchas y la televisión, naturalmente muy grande, es una lámina en la



Matteo Ripa, Jardines Imperiales en Jehol.

pared. El baño sin embargo es mayor que en cualquier hotel español de la misma categoría. La ventana va de lado a lado de la habitación. Una estrecha mesa ofrece al cliente un teclado con su pantalla y la conexión a los espacios ilimitados de internet.

En resumidas cuentas, en un espacio muy reducido se consigue una gran sensación de desahogo. Al visitar las casas que admiramos en libros y revistas encontramos estas mismas soluciones: una administración sabia del espacio, que se destina a momentos muy escogidos de la vida doméstica. Economía del espacio que exige algo que también nos resulta familiar de la vida japonesa, a través del cine sobre todo y también de la literatura: una extremada discreción de gestos y movimientos, una envidiable cortés pulcritud.

La distribución.

Tal vez el más intenso “motivo de progreso” de la cultura en todo el mundo en los últimos siglos haya sido el encuentro entre la cultura occidental y la del Japón. Por un lado fue el descubrimiento del jardín nipón que debemos (y deben sobre todo los ingleses) a los misioneros llegados de Portugal, y las acuarelas que fascinaron a los impresionistas en París. Por el otro lado, y más tarde, fue el estudio que de la cultura y los modos de vida occidentales se vieron obligados a realizar los japoneses cuando el comodoro norteamericano Perry les plantó frente a Tokio los barcos de acero erizados de cañones (1853), obligándoles a abrir su nación, y que dio origen a la era Meiji, cuando comienza nuestra historia.

Al adoptar la casa occidental (sigamos con esta nomenclatura eurocéntrica para entendernos), al incorporar a su vida muebles como la silla, la mesa alta, la cama sobre patas, etcétera -porque pensaban que solo desde estos utensilios se podía vivir y pensar al modo de ese occidente que no había más remedio que copiar- los japoneses iniciaron una reflexión extraordinariamente creativa que aún no ha terminado. Es fascinante leer a Kazuyo Sejima cuando dice que ella solo conoció, solo vivió en una casa tradicional japonesa cuando ya era adulta, visitando a unos amigos. Y comprender a partir de ahí, al estudiar su trabajo, el recorrido que desde sus primeras casas viene haciendo, viaje que la trae de la casa europea y la adentra proyecto a proyecto en las tradiciones de sus nobles antepasados. Un viaje en el que, a mayor abundamiento, están embarcados gran parte de los arquitectos japoneses. Un descubrimiento en el que nos arrastran a los demás, en ese motivo de progreso al que me refería más arriba.

Pues bien, acuciados de una parte a incorporar la casa occidental a su cultura, y de otra a moverse con dimensiones muy reducidas, los japoneses han tenido que explorar nuevas distribuciones, y los límites de aquello que copiaban. En la arquitectura de SANAA encontramos ejemplos donde la exploración conduce a proyectar habitaciones en el límite inferior de las superficies (como en la “casa en el huerto de ciruelos”), y casos en los que la investigación les lleva a programas de sólo dos o tres habitaciones, aunque eso sí muy grandes, como en algunos últimos trabajos de Nishizawa. Una investigación relacionada con la regulación japonesa sobre el programa de vivienda, con la clasificación

de las viviendas por el tipo y número de sus habitaciones: 1DK las que tienen un dormitorio y cocina-comedor-estancia, 1LDK las que tienen, además de cocina-comedor y dormitorio, estancia independiente, 2DK, dos dormitorios y cocina-comedor-estancia, y así sucesivamente.

El confort.

Estudiando no sólo la vivienda japonesa contemporánea, sino también la tradicional, sorprende la ausencia de aparatos de acondicionamiento, como radiadores de calor ó de frío, cuando sabemos que el clima es en Tokio semejante al de España y que, como nos demuestra la famosa imagen del archipiélago japonés superpuesta en Europa, el país se extiende hasta latitudes mucho más frías y mucho más calientes. Varias son las razones que explican esto y de algunas hay mucho que aprender. Lo primero es considerar que los habitantes de ese antiguo imperio son extraordinariamente duros y capaces de aceptar, por lo que a las condiciones de temperatura y humedad se refiere, situaciones que en nuestro país se dan ya por superadas.

El Japón, al estar constituido por una colección de islas bastante estrechas es un país muy húmedo (y por ello de una vegetación abundante). Una gran parte de su territorio muy montañoso, no admite la construcción de ciudades ni pueblos, que por ello se ubican en la costa, acentuándose la humedad de lo habitado. El frío y el calor vienen pues acompañados de un alto grado de humedad. Contra el frío, la casa tradicional combatía con el uso de unos hornillos empotrados en el suelo y alimentados con brasas (Kotatsu). Una solución muy parecida a la tradicional en España y aún vigente en muchas casa de Andalucía, la de los braseros de picón. Alrededor de estos braseros se vivía, encima de ellos se colocaban las mesas bajas sobre las que se comía o conversaba y junto a ellos se dormía. Las paredes, de papel en muchos casos, no servían para aislarse del exterior. Más difícil es la lucha contra el calor acompañado de humedad. Tradicionalmente solo existía la solución de favorecer la ventilación, para lo cual esas paredes móviles de papel son útiles, como también lo son los techos bajos y los porches que suelen rodear las viviendas (el “engawa”) que dan a su perímetro una sombra continua.

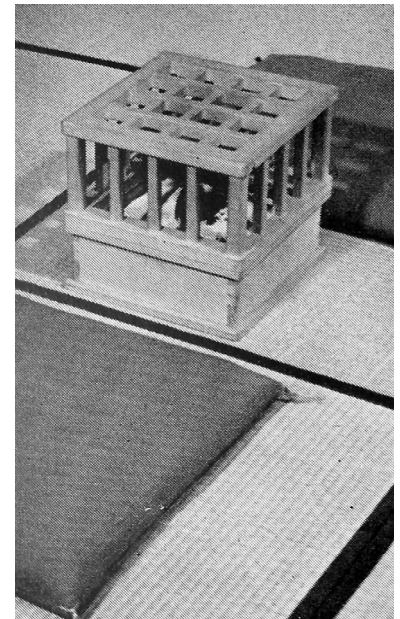
De una forma o de otra estas soluciones se siguen aplicando en la arquitectura contemporánea. Concentrar el calor en invierno y no pretender estar en mangas de camisa todo el tiempo en la vivienda y en el trabajo, favorecer las sombras y las ventilaciones en verano aceptando una temperatura más alta, son las recetas para no consumir demasiada energía y al tiempo ahorrarse las varices y otras consecuencias de la molicie.

La densidad.

Esta extendida en nuestra cultura la idea de que no hay mayor lujo que el espacio. Probablemente los japoneses piensen igual, pero ese lujo no se lo pueden permitir. Constreñidos a habitar principalmente en la costa debido a las fuertes pendientes del interior, la densidad, como es bien sabido, es altísima. En Tokio, por añadidura, se esta produciendo un fenómeno que acentúa esta situación. La estructura de la ciudad es notable y heredada de la distribución antigua por barrios.



Kotatsu, cubierto



Kotatsu, descubierto



Mapa Japón-Europa, de la Guía de Japón de Mc Graw-Hill de los años 60.

Estos se configuran de modo que en su perímetro, definido por anchas calles, se edifican edificios de apreciable altura, destinados a oficinas principalmente, aunque también contienen apartamentos. En el interior de estas grandes manzanas, y servidas por un dédalo de estrechísimas callejuelas de trazado también heredado de la antigua Edo, se acumulan las viviendas de no más de dos pisos, por lo general construidas sobre diminutas parcelas de terreno.

Debido al altísimo valor del suelo, cada vez que se produce una transmisión patrimonial por la muerte de un propietario, los herederos se ven obligados, para satisfacer los altísimos impuestos, a partir la propiedad. Por ello las parcelas son cada vez más diminutas y con frecuencia para conseguir acceso a la calle sus formas son irregulares y extrañas.

De otra parte las ordenanzas de Tokyo, (no ocurre así en otras ciudades del país) son sencillísimas, pues no se preocupan sino de dos cuestiones: la transmisión del fuego -consecuencia inevitable de los terremotos y cuestión que esta indeleblemente guardada en la memoria de la ciudad desde el incendio que la asoló tras el famoso terremoto de Kanto en 1923 - y la garantía de soleamiento para los vecinos cuando se construye una nueva casa. La distancia del lindero a la que se puede construir es de unos escasos cincuenta centímetros, distancia que garantiza la no propagación del fuego roto el contacto, por lo que las casas están extraordinariamente próximas. Sólo por encima de la primera planta y en sus orientaciones norte y oeste están obligadas a separarse del vecino según un plano inclinación variable (establecida por la normativa urbanística) para garantizar que no se obstaculiza su soleamiento. Esta densidad, estas proximidades entre vecinos, han obligado a desarrollar un sentido de la privacidad muy específico en la ciudad de Tokio.

Los nuevos materiales.

De la tantas veces mencionada por su ejemplaridad casa del huerto de los ciruelos, así como de otras construidas por Sanaa, nos sorprende la delgadez de sus paredes exteriores. Algo que proviene en primer lugar del interés de los arquitectos por experimentar, por incorporar a su trabajo nuevos materiales. (Aunque también habría que recordar la tradición japonesa de las delgadas paredes de papel a las que antes nos hemos referido). En este caso el material con el que se experimenta es el acero, utilizado como elemento estructural de toda la casa, que no tiene pilares y se sostiene por medio de esas planchas, que constituyen tanto las paredes exteriores como la tabiquería interior. Aprovechan aquí los arquitectos el desarrollo de los aceros, altamente resistentes y suministrados comercialmente en planchas de reducido espesor, que está produciendo en estos momentos la industria japonesa.

Preguntado sobre esto, el profesor Hernández Olivares -miembro de nuestro grupo de investigación- aportó unas explicaciones que se incluyen en esta publicación. En esencia la respuesta radica en el alto valor aislante de los materiales con que se forran estas planchas de acero, es decir, se trata una solución técnica. Pero también, y esto es más importante si cabe como valor del proyecto, en la conveniencia de la pintura blanca para devolver al aire el calor de la radiación solar y lo que es más intenso conceptualmente, el inteligente aprovechamiento

de la condición de excelente conductor que tiene el acero, de modo que el calor que reciben las paredes que están al sol se reparte por la que no lo están y esto es bueno tanto en invierno como en verano, tanto cuando el sol es bienvenido como cuando no.

La pulcritud.

Es proverbial la pulcritud de los espacios públicos en Tokyo. Algo que esta probablemente ligado con la seguridad. El metro, el tren, la calle, están siempre impecables, no hay un papel en el suelo. No hay tampoco papeleras, no se necesitan. Tan difícil es encontrar un desperdicio como que te roben. Se puede viajar a cualquier hora del día y de la noche por cualquier barrio de la ciudad con total seguridad. Cuando un turista pierde un objeto, sabe que si vuelve al día siguiente al lugar del olvido lo encontrará donde y como lo dejó.

Otra cosa es el interior de las viviendas, donde se acumulan objetos que han dejado de ser útiles al ser substituidos por otros más modernos. Teclados de ordenador, pantallas, consolas de video juegos, que en cualquier lugar del mundo son de última generación, se acumulan en armarios y debajo de los muebles porque los dueños no se deciden a tirarlos ó no saben donde hacerlo. En una famosa casa que visitamos gracias a la generosidad de los propietarios, las camas sin hacer mostraban sistemáticamente unas manchas de te derramado o de pis. El olor penetrante de los gatos descuidados impregnaba la vivienda, la basura inundaba los rincones. La limpieza en el interior de las casas no va, en ocasiones, pareja a la de los espacios públicos. Esta pulcritud se relaciona también con otro concepto fundamental de la cultura japonesa: lo que no se ve.

Lo que no se ve.

Debido a la justificada aprensión que los japoneses tienen a los terremotos, las conducciones eléctricas son aéreas. Las calles están cruzadas en todas direcciones por multitud de tendidos eléctricos y de transformadores sobre postes de madera, en ocasiones torcidos y con un aire de provisionalidad que es falso. Para frustración de arquitectos y fotógrafos es difícil obtener el retrato de un edificio interesante sin que el primer plano aparezca cruzado por inoportunos cables y palos.

Esta característica de la ciudad japonesa puede relacionarse con otras de muy distinta naturaleza pero que tal vez tengan un origen común. Debido a las distancias entre linderos tan reducidas que más arriba hemos descrito, las relaciones de vistas cruzadas entre las viviendas plantea una falta de independencia que extraña en una sociedad tan pudorosa como la japonesa. Un pudor de una naturaleza muy distinta al europeo en general. Los japoneses, que apenas se tocan, que rara vez en público hacen demostraciones de afecto entre las parejas, practican por el contrario una forma de baño público en familia o con personas del mismo sexo, que en nuestras tierras resulta inapropiado.

Una anécdota explica bien un rasgo característico de la mentalidad japonesa. El arquitecto Isozaki llevó en una ocasión a su colega Rogers a ver una sesión de teatro de marionetas Bunraku, al que son tan

aficionados en Japón. A la salida el inglés comentó que el espectáculo le había parecido magnífico –lástima, dijo, de esas personas vestidas de negro que mueven los hilos de los muñecos, ¿no podrían disimularse detrás de alguna pantalla?, porque distraen en exceso. Yo no he visto a ninguna persona –dijo Isozaki. El arquitecto Tsukamoto contaba esta anécdota cuando nos sorprendíamos al ver cómo en su casa recién estrenada, había abierto una ventana grandísima a sesenta centímetros de las de sus vecinos, de modo que a esa distancia tenía los cepillos de dientes de estos que se aireaban en la ventana de su propio cuarto de baño. Lo que yo veo, añadía Tsukamoto, es que el sol atraviesa de lado a lado toda mi casa y al reflejarse en la pared de mi vecino vuelve a entrar desde la orientación contraria. Es como si mi casa tuviese un sol al este y otro al oeste. Además mis vecinos están contentos porque no les he quitado el sol, y ellos a mi tampoco me ven.

Los robots.

Los japoneses ven que su población esta disminuyendo y no admiten emigración extranjera. Ante esta situación tienen una respuesta que nadie discute: la robótica. Robots de todo tipo. Con los robots quieren resolver tanto las necesidades de la vida pública como las de la doméstica. El transporte público cada vez utiliza con más frecuencia trenes sin conductor. En las casas instalan unos sistemas integrales de extracción del polvo que ponen en marcha cuando se van a su trabajo. Las máquinas de cocinar son cada vez más sofisticadas, claro que ante esta cuestión tienen otras respuestas: son muchas las familias que cenar todos los días fuera de casa, la comida naturalmente la hacen en el trabajo ó en el colegio. Los ingenieros de robótica son altamente apreciados por la sociedad japonesa.

La naturaleza.

Las casas Egota en Tokyo, del arquitecto Kazunari Sakamoto, tienen un tejado-jardín que te muestran con veneración, como algunas otras viviendas de la ciudad. La primera vez sorprende encontrarse con una colección de matojos que parecen malas hierbas. Son las plantas más corrientes de los campos del país, cuyas semillas el viento trae y luego crecen espontáneamente, sin que nadie se ocupe de su cuidado. Es esa espontaneidad lo que emociona en Japón, una muestra auténtica de la naturaleza, sin artificios, tal vez pobre. Caminando por las calles de la ciudad con frecuencia encuentras en una esquina, o delante de un comercio, o de un bar, o de un portal, un trozo diminuto de tierra que parece descuidada. Es un jardín. Esa jardinería pobre, heredera sin duda de los famosos jardines de Kyoto, es de las cosas más emocionantes que se ven en Japón.